

CLUB DE
LECTURA Y
ESCRITURA
2020 - CLASES
INDIVIDUALES

- Antología
(Poesía y
narrativa)

CLUB DE LECTURA Y ESCRITURA 2020 -
CLASES INDIVIDUALES - Antología (Poesía y
narrativa) / Alejo, Hernán ; Cristilli, Nicolás ;
Gallagher, Noida ; Gomez, Cecilia ; Labos, Elsa ; Misu,
Diego ; Sujoluzky, Laura ; Vázquez, Victoria
Coordinación, compilación y prólogo por Baggini,
Federico / Reseña de contratapa por Sontag,
Susan / Arte de tapa por Fridman, Iván / Diseño
de tapa por Mayora, Pablo
1a ed. - Provincia de Buenos Aires : 2020. 94p. :
il. Im. ; 18x12 cm.

1. Cuento. CDD 863
2. Poesía. CDD 861

Datos de contacto:

Federico Baggini: fedebaggini@hotmail.com

Pablo E. Mayora: @PabloEzequielMayora

Iván Fridman: fotografiasolaris@gmail.com

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

2020 / Construcción colectiva

CLUB DE
LECTURA Y
ESCRITURA
2020 - CLASES
INDIVIDUALES
- Antología
(Poesía y
narrativa)

Agradecimiento

A quienes
dediquen
su cuerpo
y declinación
a la lectura
de este
horizonte
que hemos
dado en
llamar
Antología.

Prólogo

Versatilidad y diversidad

En términos fundamentales, la articulación de estos dos principios delimita el marco de todo pensamiento que pretenda afirmarse como crítica. Solo al apoyarse uno en otro, el principio de *versatilidad* y el de la *diversidad* forjan y mantienen su capacidad de ruptura con la ortodoxia y con toda forma de lo pensado o lo impensado ligados al orden establecido.

Referirse al principio de la *versatilidad* equivale a querer asignarse la tarea de describir o, mejor, sacar a la luz, los mecanismos –más o menos antiguos, más o menos profundos, más o menos estratificados, más o menos ocultos– que rigen el gesto y la palabra de los artistas, y gobiernan sus prácticas y la percepción que ellos se hacen y dejan ver de estas.

Referirse al principio de la *diversidad* implica rechazar la idea de que algunos marcos de la vida colectiva o individual puedan estar dotados de una necesidad (lógica, política, psíquica, jurídica) tal que se sitúen fuera del alcance de la transformación social y por lo tanto de la acción política.

Así conjugadas, la idea de *versatilidad* –que se refiere de manera general al conjunto de las posibilidades que dan forma al mundo literario en este caso, y pesan sobre los artistas que se mueven en su seno– y la de *diversidad* –que remite a la contingencia histórica de las coacciones,

a pesar de los procesos de desistorización que las han naturalizado casi por completo- constituyen la base de la actividad creativa en cuanto se pretende crítica, y de la escritura política y emancipadora en cuanto debe elaborar una intertextualidad realista del mundo social, preocupado por definir las perspectivas y las posibilidades de la acción política a través de la escritura y lectura, pero también por discernir sus dificultades y sus límites. El abordaje de esta antología se desarrolla como una exploración sistemática del inconsciente social tal como lo estructuran, entre otras cosas, las pertenencias de clase, pero también todas las ligadas a la fuerza a la vez objetiva y performativa de las categorizaciones sobre las cuales se apoya el funcionamiento jerarquizado del mundo social. La psicología de ese inconsciente, constituido por sedimentos depositados con el transcurso de la historia personal de quienes aquí escriben y por tanto colectiva en el cerebro de los individuos, en función de los medios sociales donde se han socializado, o de las identidades que se les han dado como morada de su ser-en-el-mundo, sobre todo en virtud de la nominación insultante y la asignación a categorías estigmatizadas, es uno de los principales medios, uno de los principales recursos de que dispone este ejemplar literario para deshacer las evidencias dóxicas del mundo en que vivimos y la complicidad tácita con que cada uno de nosotros, día tras día, quiéralo o no, se entrega a ellas.

El análisis de los textos aquí reunidos delimita el campo del acto creativo-literario-crítico, si se considera este como el lugar donde se anudan los hilos de un proceder a la vez teórico y político que se asigna como hori-

zonte el ideal de una construcción de carácter radical y que, por consiguiente, aspira a estar siempre abierto y permeable a la llegada del acontecimiento, de lo inédito, atento al porvenir contenido y anunciado lo que se mueve en el presente, a las líneas de fractura que se dibujan en él y, por lo tanto, al presente acorde a la forma y el sentido que ya le confiere el porvenir hacia el que tiende.

Sin embargo, por más contundencia que aquí se le asigne a los textos consignados, este libro está ligado también a las interrogaciones a las que dan origen los esquemas sociales y las afirmaciones políticas siempre en el contexto de un ejercicio de creatividad literaria. Ahora bien, cada uno de esos esquemas, cada una de esas afirmaciones, aparece, se despliega, cambia en función de un ritmo, una temporalidad que le son propios.

Foucault nos exhortaba y exhorta a desconfiar del hegelianismo que recorre la filosofía política y nos incita a percibir el tiempo como si estuviera unificado: es indispensable concebir el tiempo de la literatura (entendida esta como herramienta política) como no homogéneo. En esa heterogeneidad, esa pluralidad, esa multiplicidad, se juegan las resistencias a los mecanismos complejos de la dominación (concepto que tampoco puede ser unificado ni unificante). Y en esas resistencias escritas se inventan las prácticas emancipadoras y se abren las canteras de las nuevas escritura y literatura contemporáneas y, por consiguiente, las de la transformación política y cultural que el arte es capaz de llevar adelante.

En conclusión, y sin mayores preámbulos que los otorgados, esta es una obra que se defenderá por si sola.

Federico L. Baggini

Diciembre 2020

Cecilia Gómez

“El escritor escribe su libro para explicarse a sí mismo
lo que no se puede explicar.”

Gabriel García Márquez

Al derecho y al revés

El cielo se vuelve gris
se agota la esperanza aunque
al fin de cuentas no
hay otro camino que
lo que ya conocía
no me queda más que
resignarme y dejar de creer que
puedo seguir peleando sin
salir herida de nuevo
aunque es posible
volver a iniciar
creo que es mejor
rendirme
no puedo pensar en
recorrer nuevos senderos
porque tengo que
aguantar este dolor

(ahora lee al revés)

Reflejo

Vuelvo a buscarme,
en la inmensidad de un océano
que me encuentra sola,
monocromática.

Silencio en el mundo,
que mira atento hacia otra parte.
No sabe de mi autocompasión.

¿Por qué sigo aquel oscuro reflejo?
Nunca sé si es él o yo,
quién está de cabeza.

Quiero encontrar un pedazo de claridad,
entre los monumentos
que le izo a tu memoria.

Lo difícil, no es sentirme pequeña,
ante la angustia
que presiona mis pétalos.

Lo imposible, es ver tu sol de fondo
y saberme a contraluz.

Contrapunto

Yo la piba común, de barrio común,
con sus problemas comunes.

Vos desarmando los ovillos de una infancia
disfuncional,
arrastrando más allá de los 30
la falta de abrazos de aquella época.

Yo amurando estantes torcidos
y vos sin salir de tu cuadrado,
siempre buscando ángulos perfectos y lados simétricos.

Dos licenciaturas, la maestría, el doctorado;
intentando encontrar en los libros,
las respuestas que no tuviste.
Yo, aprendiendo en la calle
a hacer malabares con las granadas
que me tiraba la vida.

Que no me desato las zapatillas,
porque me gana la ansiedad,
y pongo el agua caliente,
para que hierva más rápido;
Vos, en cambio, con tu paciencia infinita,
de esas que te cosen a mano,
la ropa y las heridas.

Pero también; eras la huida de media noche, a paso lento
entre las sombras;
mientras yo corría por la avenida
para alcanzarte, desesperada,
porque siempre caigo tarde.

Vos pateándole la puerta del coche
a cualquier hijo del patriarcado
que se atreviera a decirte algo por la calle.
Yo, que si no fuera por el alcohol,
nunca me hubiera animado a hablarte.

Adicta a las computadoras,
internet,
wifi,
celulares,
tablet,
notebook
netbook,
ebook
y todo lo que tenga pantalla
o una lucecita brillante.
Vos, que arreglabas lo que no te funcionaba
con un golpe seco al costado.

Pero frenabas en todas las vidrieras
que te ofrecieran
zapatos,
carteras,
pañuelos,
chalecos,

hebillas.

Y a mí que el único vidrio que puede frenar mi inercia
es el de un televisor transmitiendo un partido de fútbol.

Yo nunca aprendí a mentirte,
ni siquiera para darte una sorpresa;
vos con tantas caretas,
que a esta altura nadie reconoce cuál es tu cara
verdadera.
Intuyo que, si te ponés a pensarlo,
tampoco debés saberlo.

Yo, todavía enganchada
al taco aguja azul de tu pie izquierdo.
Vos que te bajas de los zapatos,
dejándolos clavados en algún puente
y seguís avanzando descalza.

Aislada

Qué ganas de salir corriendo,
ahora sí me tomaría el colectivo a las seis de la tarde,
lleno de cuerpos extraños;
el tren, el subte,
lo que haga falta para poder abrazarte.

Me contengo las ganas de una video llamada
para saber si estás bien,
porque sé que no te cuidás,
pero ya no tengo derecho a preguntarte.

Quisiera disfrazarme de delivery
o ponerme una bata
y salir a las 9 en medio del bullicio,
así nadie me preguntaría a dónde voy;
dejarlos que asuman y aplaudan
el acto de heroísmo,
de salir a mitad de esta guerra
a buscarte a tu trinchera.
Qué fácil se sueña en cuarentena.

¿Vos también te preguntarás cómo estoy?
Me faltó comprar arroz y un poquito de valentía,
la despensa está llena de nostalgia
y ya vi tres veces tu película favorita.

Pero mantengo la promesa de no llamarte;
aguantar, eso tengo que hacer,
esperar unos días más,
tal vez seas vos quien rompa nuestro aislamiento,
al menos con un mensaje.

Al final de todo esto,
si no sobrevivo,
espero que al menos
te llegue mi cuaderno
y descubras cuantas veces
tu recuerdo fue quien me salvó.

Está bien

No volveremos a vernos, y está bien.
Es el destino de los amores que terminan,
sin importar su intensidad.
Aunque jamás deje de pensarte,
ya no tendré tu reflejo en mis ojos tristes.

No volveremos a vernos,
es la parte dolorosa de habernos conocido.
De robarle un rato de felicidad
a los dioses del olvido.

Está bien.
Es de tontos retener lo que no quiere quedarse,
inevitable la separación de estos caminos
en el centro de mi tierra.
El silencio,
la última mirada que ahora me toca
en medio de la noche del adiós.

No volveremos a vernos y está bien.
De qué nos sirve romper las reglas
del final,
si no podré besarte y pedir una segunda ronda.

No volveremos a vernos,
aunque permanezcas en este espacio paralelo
donde guardo mis vidas no resueltas.

Está bien.

¿Para qué abrir una ventana de esperanza
con un abrazo?

Hay puertas que una vez cerradas,
jamás vuelven a ser oportunidad.

No volveremos a vernos, y está bien.

Lo repito como mantra
y algún día lo aceptaré.

Ventaja poética

Ya no le grito a tu recuerdo,
ni le sonrío, ni lloro.
No le armo un altar,
ni me resigno, ni me persigno.
No lamento que no estés,
ni te cuento lo que siento,
lo que falta, o lo que sobra.

No le miento, ni me invento otro final.
No le susurro historias bonitas,
ni repito argumentos vacíos, para convencerme
de que es mejor así.
No elaboro posibles conversaciones que nunca vamos a
tener.
No respiro más la sal de tu fantasma,
ni busco tu voz entre las fotos que quedaron perdidas
por ahí.
No recojo tus cenizas,
ni te encuentro entre la brisa del pasado que le sopla a
mi ventana.

Aun así, todavía puedo aprovecharme
cuando cruzas por mi mente
para sacarte un par de frases desarmadas,
escribir dos o tres poemas
que no te digan nada,
pero me ayudan a remarcar que tu recuerdo

no me sirve más que para esto:
obtener una ventaja poética
de lo que alguna vez me lastimó.

Diego Misu

“Para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento.”

Miguel de Cervantes

Eclipse

El anochecer le pisaba los talones cuando ingresó al departamento, con las pocas fuerzas que le quedaban arrojó el manojito de llaves sobre la mesa. Mientras se desvestía, fue hacia la cocina a buscar un vaso con agua. Se dirigió hacia el final del pasillo. En el camino se tropezó con su ambo blanco y le recordó la vorágine de ese día como así también de los anteriores.

Llegó al toilette, abrió la canilla. Mientras la tina se llenaba, sacó del mueble entreabierto lo que buscaba. Al cerrarlo, sin querer se vio en el espejo y largó una aguda carcajada: había olvidado sacarse el barbijo. Se desarmó con las dos manos el estático rodete prolijamente armado sin dejar de observar lo que el espejo le devolvía: un rostro pálido y con manchas en su piel, manchas similares a la luna pues hasta la cara tenía redonda. Lo cierto es que se identificaba mucho con ella porque siempre estaba sola, a veces rodeada de estrellas y otras completamente cubierta de sombras, a veces rodeada de pacientes que requerían de toda su atención y cuidado, otras con la muerte danzando cerca.

Mientras sumerge su castigado cuerpo en las cálidas aguas, una sensación la atraviesa de lleno: luego de esta pandemia, nada volverá a ser igual. Segundos después, pensó que a partir de ese momento ella tampoco lo sería ya que se convertía en luna nueva.

Parecía que la tina hubiera cobrado vida ya que comenzó a abrazarla bajo la burbujeante mirada del

agua. Esa noche misteriosamente un cono de sombra oscureció unos instantes a la luna.

La patota

Se abalanzaron sobre ella repetidamente, su blancura se fue apagando, ya no oponía resistencia pues esos individuos delgados y con mechones coloridos estaban descargando sobre ella su furia de colores.

Poseída

La habitación realmente se sentía muy fría, tan solitaria y desnuda. Las paredes estaban impregnadas de un olor nauseabundo, se hacía muy difícil no contener la respiración.

En el esplendor de la noche solamente se oía el crujido del piso de la madera constante por la acción de la mecedora que se balanceaba de un lado hacia otro. Pero si pensaron que el escenario sería aterrador porque la silla se balanceaba en soledad se equivocaron, era aún más tenebroso ya que en ella se encontraba una niña con la mirada perdida, de su cabeza brotaban unas trenzas doradas que recorrían sus hombros y con sus puntas acariciaban a la muñeca que mantenía aferrada a su vientre. Vestía un camisón amarronado con manchas rojas en todas partes que le llegaba a los tobillos. De tez blanca como la luna (luna que esa noche estaba brillante, desafiando a las estrellas).

Esa criatura no esbozaba palabra alguna, parecía comunicarse con el columpio que realizaba, el crujido era cada vez más intenso, tanto que parecía que esa madera cedería en cualquier momento, esas maderas que tenía cientos de años al igual que la niña que a pesar de tener un cuerpo joven y nuevo, por dentro tenía demasiada vida: ese pimpollo que todos podían contemplar internamente era una flor marchita negándose a desaparecer una vez más. Esa flor que necesito ser regada de sangre para poder florecer nuevamente en el

jardín del horror y la locura. Esa casa en la que fue arrebatado el sueño de una familia feliz. Ya no había sonrisas ni carcajadas por los largos pasillos. Ni canciones ni emociones en ningunas de las cinco habitaciones, ni sueños y esperanzas que desfilaran al desván, ni budines de limón aromatizando la generosa cocina con ventanas que daban al vasto jardín. Solo quedaba el frío abrazo del espanto. Que dejó grises cada uno de los pisos y escalones que ahora conducían a las puertas del sufrimiento eterno. Allí se encontraba la niña que ahora no jugaba más con sus juguetes ya que no tenía con quien compartirlos y tampoco contaba con los abrazos protectores. Ahora se dedicaba desde su mecedora a vigilar aquella casa que le pertenecía solo a ella, por lo tanto, quien intentara abrirse paso en aquel lugar, sería lo último que haga.

Elsa Labos

“La verdad que escribir constituye el placer más profundo, que te lean es sólo un placer superficial.”

Virginia Woolf

1

Maliku, el pasajero 40 del ómnibus de las 11y30, PM, con destino a Mendoza, dejó su tribu.

Con el rostro endurecido abandonó su ropaje. Su vincha de plumas, regalo de su padre, el Cacique indio, perdió su rumbo.

Estrujó el boleto con la oculta intención de destrozarlo. Sacó una pluma de su bolsillo, la besó, suspiró, y la largó al viento.

Creyó que su beso lo llevaría de regreso

Efectivamente, fue un hecho concreto.

La pluma y el beso danzaron en el aire al ritmo de tambores.

Se los veía juntos cruzando los caminos Tehuelches de la Patagonia.

2

Ni bien desperté, una sensación indefinida me ubicaba entre sueño y realidad. No podía determinar donde me encontraba entre las hojas del Dante.

Justo, en el Baptisterio de San Giovanni, mi imaginación se detuvo en el instante mismo del bautismo de Dante.

Ahí me encontré y entendí, sin más, que el cielo y el infierno habían nacido.

3

Parada en el patio de mí casa
observé el techo de lajas.
Una hoja de otoño se detuvo en el aire
su ojo ahuecado miraba
un brote que arrastraba el viento.
Solitario añoró el tronco.
Su rama cayó y gimió su pérdida.

El gorrión de luto,
goteaba sus lagrimas
Su nido se derrumbó
con la luz de la mañana.
Gimoteaba el aura
sin consuelo.
El otoño se fue
sin saber que pasaba.

4

Solté la gramática
Anulé la letra
sin espacio
La silueta muda
Rasgó el papel
Y se hundió

5

Corría el verbo
Sin rumbo
Avistaba el límite
De la caverna
Platón estaba ahí
Dialogando.

6

Murió el alba
El huracán bramó
Se llevó el llanto
De las vírgenes

Trocha angosta, hedor sutil

Tomé el tren de las 10:30hs. que iba al cementerio de la Chacarita.

Recorrí el vagón con mesura, estaba vacío. Pasé al siguiente, e inmediatamente noté a una joven mujer sentada, mirando desinteresadamente, a través de la ventana. Ubiqué un lugar cercano y me senté con rapidez. Desde ahí pude observar los más ínfimos detalles. Posé la mirada en sus largas piernas. Una túnica roja la tapaba hasta las rodillas. Llevaba unas sandalias rojas que dejaban entrever sus dedos hinchados y enrojecidos. Supuse que antes de tomar el tren ya había recorrido un largo camino.

Las uñas descuidadas parecían cáscaras de alguna fruta silvestre escondida entre los matorrales.

Con curiosidad, mi mirada se detuvo ahí. Algo se estremeció al ver esos pies carcomidos y casi desnudos. El olor avinagrado me excitaba. Entre fascinación y goce, mis ojos despojados de pudor quedaron coagulados en esos dedos maltrechos.

Despedían un hedor a sudor y a tierra.

Ese fue el punto exacto en el que mis pensamientos lujuriosos se perdieron.

Era un olor ácido que se transmutaba al instante en un perfume de lirios que embriagaba mi cuerpo impuro.

¿Por qué censurarme si mi deseo estaba hirviendo de éxtasis?

¿Por qué las ideas que me acosaban resonaban como pura indecencia?

Todo en mí deseaba penetrar su carne, olerla, tocarla, mirarla. Una fuerza brutal me despertó sensaciones salvajes. Mi mirada aguda se expandía ahora sobre las largas piernas y bajaba, cuidadosamente, hasta llegar a la desnudez de sus pies.

Nada tuvo importancia en ese instante, solo el cántico de los pies, su hedor y las piernas desnudas.

Con los sentidos brutalmente excitados enterré mi mano en el pantalón y refregué mi sexo.

La imagen y el olor de la piel estropeada penetró en mi cuerpo.

Sentí el éxtasis de un vacío insondable. Con los dedos húmedos bajé del tren.

Hernán Alejo

"Deseos de escribir la palabra rruiseñor, de quedarme con ella toda la siesta y ver si cuando merme el sol se puede divisar un rruiseñor o a un lindo boyerito."

Arnaldo Calveyra

La entrevista

Era casi mediodía. Había atendido a mi último paciente del día, el licenciado Molosnyk, un prestigioso psicoanalista. Los viernes solo trabajo con pacientes hasta las doce y media y luego me dedico a los pormenores de sus historias clínicas; esta parte de mi trabajo la disfruto mucho, suelo descalzarme, poner música (jazz o blues), preparo un café, prendo un sahumero y entonces comienzo a pasar mis apuntes y mis notas de aclaración de los casos atendidos en la semana.

Soy supervisora, psicoanalista con muchos años de carrera y pos-títulos hechos en el país y en el extranjero; me dedico a psicoanalizar a colegas, los vínculos con sus pacientes, lo que a ellos les ocurre con estos vínculos y demás, es parte de la ética profesional, todo psicólogo debe tener y concurrir con un supervisor. Con los años he ganado un gran prestigio y atiendo también a colegas que son muy reconocidos por su labor, en distintas áreas y con diferentes enfoques de formación.

Pasada la una de la tarde, sonó el teléfono. Ya había almorzado. Al atender, del otro lado una voz serena y modulada de un hombre, quien se presentó como Ramiro Del Remate, periodista de la revista "Psicología y humanidad del siglo XXI", una de las más importantes en esta especialidad en Latinoamérica. Sin dar muchas vueltas me dijo que deseaba entrevistarme, era una nota dirigida especialmente a mi trabajo de supervisora.

Entre elogios por mi trayectoria profesional, me dio es-

cuetas explicaciones de porque me habían elegido. Acordamos un encuentro para la próxima semana, seria en uno de mis consultorios.

El día llegó. Un rato antes del horario pautado, salí al patio que da al estacionamiento del complejo, encendí un cigarrillo, cosa que nunca hago a esa hora de la mañana. Al aproximarse la hora, ingresó un auto negro, importado, sobrio, pero un tanto imponente. Del mismo bajó un hombre, que por su apariencia, era unos años más joven que yo. Tengo 51 años.

A simple vista, me impactó: vestido formal, alto. Cuando descendió del auto y se dirigió hacia mí, lo hizo con andar seguro, sonriente. Era mi entrevistador. Nos presentamos y él me dio un beso, no se agachó demasiado, por lo que pude notar que esto era un acto de caballerosidad, el no ostentar su altura, en comparación con la mía. De su cuello manaba una fragancia exquisita y delicada, así como la proporción que se había puesto.

Ingresamos a mi despacho. Una vez en la sala, no se sentó hasta que yo se lo pedí. Con naturalidad sacó un pequeño grabador del bolsillo de su saco y, con una sonrisa, me preguntó si no me molestaba que fuese a grabar, a lo que le respondí que no, que no era ninguna molestia. También me preguntó como quería que se dirigiera a mí durante la entrevista, pregunta a la cual atiné a contestar: Licenciada Claudia.

Le pregunte qué deseaba tomar, me dijo café. Fui a buscar las infusiones para ambos y cuando regresé, él estaba observando un cuadro de Daly, cuadro colgado en una de las paredes del consultorio. Al darle el café, lo sostuvo con firmeza. Sonriendo, muy delicadamente,

me miró a los ojos, luego bebió un sorbo del café y realizó un gesto de elogio, sin decir nada.

La charla comenzó de manera informal. Mi interlocutor, con gran astucia, realizó las primeras preguntas indirectamente, con sutileza, coherencia y con poca profundidad para romper el hielo. Me sentí relajada y, cuando menos lo pensé, estábamos en el corazón de la entrevista.

En todo momento se mostraba amable, seguro y con un oído afinado para realizar cada pregunta, se movía como pez en el agua. Al tocar temas de mi profesión utilizaba términos que denotaban un amplio conocimiento del tema, así como también de mi quehacer como supervisora.

Yo estaba nerviosa, el entrevistador era mi único faro, sostenía el hilo conductor de la charla con gran destreza, era todo un etnógrafo de profesión. Me asombró cuanto conocía de mis publicaciones, realizó menciones de muchas de ellas y, en particular, de una tesis mía que apuntaba al valor terapéutico de un adicto que ayuda a otro, puntualmente en ella me refería a Narcóticos Anónimos y su importancia como complemento, casi indispensable, en la recuperación de las adicciones.

Cuando me quise acordar estábamos cerrando tres horas de una de las mejores entrevistas que me habían hecho en toda mi carrera.

Hubiese querido seguir la charla. Ramiro había despertado algo especial en mí como psicóloga. No solo analizó el lenguaje hablado, sino, también, el corporal.

Al terminar, apagó el grabador, me dio su tarjeta, con su número telefónico. Observé que no tenía anillo de com-

promiso, lo cual, en alguien tan formal, era un indicador de que no era casado. Yo tampoco lo estaba. Algo extraño me recorrió el cuerpo, el corazón me latía fuerte, no quería que esta fuese la última vez que nos viéramos. ¿Cómo haría? Él lo facilito todo: me informó la fecha en la que saldría la entrevista editada y, sonriendo, me dijo si podría invitarme un café una vez que yo leyera el artículo, sería a modo de festejo y para agradecerme y charlar un poco más distendidos. Lo miré a los ojos y le dije que sí.

Lo acompañé hasta el auto y él se inclinó para darme un beso. Mi torpeza, o un acto fallido, hicieron que ese beso se posara en la mitad de nuestras bocas. Me puse colorada, pero el pidió disculpas con una sonrisa un poco nerviosa. Acto seguido, tomó mi mano y me dio un beso en ella, naturalizando lo ocurrido. Luego se retiró.

El resto del día me sentí extraña, editada, joven y sexi. Me miraba al espejo, me reía sola. Lo único que no me agradaba de esto es que estaba desconcentrada, torpe, como una adolescente, pero me lo permití. Al llegar la noche, me desnudé y me metí en la ducha. En mis pensamientos solo estaba el rostro de él, sus rasgos masculinos bien marcados, sus ojos oscuros y expresivos, sus pestañas arqueadas naturalmente, y su boca. Cerré los ojos. El agua caliente me acariciaba suavemente los pechos. Mis pezones se endurecieron. Ramiro fue el responsable de un orgasmo como hacía mucho no sentía. Los días siguientes fueron intensos, él no salía de mis pensamientos, se estaba convirtiendo en una obsesión. Muchas veces quise llamarlo, pero sabía que no tenía

que hacerlo, ya lo había agendado. Cada tanto miraba su foto de perfil y algo extraño me pasaba.

Por fin llego el día: el cartero tocó el timbre. Salí de inmediato. Posó la revista en mis manos, creo que ni lo saludé al pobre hombre. Me acomodé, quité el plástico que envolvía la revista, la revise de adelante para atrás y de atrás para adelante. Para sorpresa mía, la nota no estaba.

Supuse que había un retraso en la edición, igual era una excusa perfecta para llamar al hombre que había ingresado en mi mente como ningún otro. No me pude comunicar. Según la empresa de telefonía móvil, no correspondía a un abonado en servicio. Quise mandarle un mensaje, pero al abrir su chat, no vi su foto de perfil y el mensaje no ingresaba.

Llame a la editorial y pedí hablar con alguien de redacción. Me atendió el director del área, le expuse lo ocurrido, me pidió que espere un momento. Al volver, me explico que no había tal entrevista y que ahí nunca trabajo un tal Ramiro del Remate. Lamentándose, cortó. Una gran desesperación me atravesó. Busqué en los padrones, ese nombre no figuraba. Pedí la filmación al responsable de seguridad del edificio donde vivía. La miramos una y otra vez, nunca se vio entrar ni al auto negro, ni a mi entrevistador.

Laura Sujoluzky

“A ella le gustaba el mar, andar descalza por la calle, tener hijos, hablaba con los gatos atorrantes, quería conocer el nombre de las constelaciones; pero no sé si es del todo así, no sé si de veras se la estoy describiendo –dijo el hombre que tenía cara de cansancio”.

Abelardo Castillo

La estadía

Acababa de llegar. El frío me había calado hasta los huesos desde que bajé del tren. Había logrado llegar a la estación ferroviaria de Akol, Villa la Angostura. Acomodé la mochila sobre mis hombros y empecé a caminar, un poco jugando a perderme y a encontrarme en algún lugar donde poder alojarme. Revisé, entonces, los bolsillos de mi campera y recordé que tenía menos dinero del que pensé... Había olvidado que en la última parada compré unos bizcochos rancios y un café aguada. Eran detalles a los que más o menos me había acostumbrado: hacer pis en un árbol, perder el documento o tal vez el mapa, tomar el tren en el andén equivocado y demás tribulaciones propias de un viajero inexperto. Entonces la vi: Era una cabaña bastante adusta y venida a menos, lo que me llevó a suponer que la plata me iba a alcanzar para hospedarme un par de noches. Advertí, así, que aquel sería el último tramo de mi recorrido. Al entrar, sonó una campanita pegada a la puerta, y un matrimonio ya entrado en años se desperezó detrás del mostrador. Apoyé la mochila en el piso, el cual crujió. Los viejos se sacudieron como dos muebles enclenques. La mujer sonrió con tres coronas y pocos dientes. Me pidió el documento, anotó el número: *zwanzig, vier, zwei, eins, neun, neun, fünf ...* y escribió con dificultad en un cuaderno azul de tapa dura. Lo cerró con cuidado y con la mano libre -sin levantar la mirada- señaló una puerta al final del pasillo. Una serie de fotos viejas de

color sepia se sucedían una tras otra a ambos lados de las paredes, pero seguí de largo sin prestar atención.

Exhausta y tiritando, abrí la puerta de la habitación, me dejé caer sobre un camastro y sin más regodeos, me quedé dormida. Cuando abrí los ojos, el cuarto despertó: techos altos, una bombita de luz colgando, todavía apagada, las paredes con machimbre hasta la mitad (algo que siempre aborrecí), el piso de baldosas (cada vez más frías), una mesita de luz, un biombo, un sillón de cuero raído que seguramente habría tenido mejores días, y una puertita vaivén con medio baño, si por medio baño se entiende un inodoro, un espejo y una ducha; y por último el lavabo, que consistía en un jarro de agua y palangana.

Intenté incorporarme pero fue inútil. El frío se había intensificado. Por un momento supuse que la ventana debió estar abierta. Me envolví en la frazada y advertí que los postigos confirmaban lo contrario. El cuarto estaba en penumbras, y apenas podía soportar el olor a humedad y a viejo que despedían las sábanas y las cortinas. Abrí la mochila, saqué el antisudoral y apreté el gatillo. Era un truco que había usado en el pasado para mitigar el olor a encierro. Sin embargo, tal recurso no alivió ni ese olor ni mi helada sensación. Descarté sin más la idea de ducharme y me limité a calzarme un segundo par de medias. Anocheceía. Con hambre y sin televisión, rescaté una manzana del fondo del bolso y tras dos mordiscos me volví a dormir pensando que al día siguiente tendría que ocuparme de hacer revisar la calefacción.

Si algo debo admitir es que –a juzgar por el aspecto venido a menos de la finca y de sus moradores- el desayuno fue bastante opulento: un tazón de café con leche, lleno hasta el tope, una rebanada de pan y una ración de cebada con gusto a almidón. La mujer recogió la bandeja, me volvió a sonreír con las coronas doradas, articuló un breve saludo en alemán y salió del salón. Con el estómago lleno, me acerqué a la recepción amachimbrada, agité la campanita y ahí nomás apareció otro anciano. El del día anterior estaba afuera removiendo la escarcha del porche. Me los quedé mirando durante un buen rato preguntándome si eran hermanos o si se trataba de un nuevo huésped. Aunque con las mismas y escasas cabelleras blancas, uno era bastante más alto que el otro y sólo a uno de ellos- el de bigote- se lo solía ver acompañado por la siempre sonriente mujer de las coronas. Un gato gris se asomó por la puerta entreabierta, y de pronto recordé qué estaba haciendo yo allí. Saludé al pequeño hombrecito e intuí que seguramente nos íbamos a entender. Pregunté con discreción si alguien podría ir a revisar el radiador del cuarto. Expliqué que hacía mucho frío y que me quería duchar, y que necesitaba llenar la cantimplora con agua caliente para hacer café, si fuese posible, antes de salir.

Mientras caminabas detrás del anciano a través del corredor, me di cuenta que era aún más bajito, más frágil y hasta más viejo de lo que había creído, ¡qué engañosa había sido mi primera observación!

Una vez en el cuarto, el curioso personaje se llevó la mano al mentón para rascarse el bigotito gris con restos de tintura negra, depositó prolijamente su caja de herra-

mientas sobre una de las baldosas, se acomodó el mameluco azul que escondía sus minúsculas pantorrillas en un gigantesco par de botas de goma, y finalmente se acercó al radiador. Tomó con destreza la válvula y comenzó a girarla como si fuese el timón de un barco en medio de un temporal. Al cabo de unos pocos minutos, hizo tope y se atoró... Entonces algo me sorprendió: el hombrecito pegó un puntapié en el piso y maldijo en alemán. Sus mejillas se hincharon, rojas como un tomate maduro a punto de reventar. Desde sus pequeños y felinos ojos, me miró frunciendo el ceño y raudamente se alejó del lugar pegando un portazo. Así quedé yo: parada en el medio del cuarto con la caja de herramientas en el piso y la mandíbula desencajada.

...

Habiendo pasado cuarenta horas encima del tren, y otro tanto postrada en el camastro de madera, decidí que era tiempo de salir a estirar las piernas. El cielo gris y un sol oculto acentuaban la inclemencia del viento y el frío. Caminé unas cuadras en dirección al centro y me detuve a observar -a ambos lados de la anchísima avenida ribeteada por un flanco de durmientes enterrados en el hielo -unas siluetas huesudas y lánguidas que, con aspecto espectral, entraban y salían de mi vista arrastrando una grotesca comparsa de carretas cargadas de grava y cemento a través de una hilera de construcciones cuyos esqueletos impávidos se elevaban entre las nubes. A lo lejos se escuchaba el reiterado estruendo de un relámpago o los disparos de un fusil. Antes de que pudiera a-

costumbrarse a esa nueva postal, y antes de que el sol desapareciera por completo, decidí regresar a la cabaña. Apenas llegué, saludé con un ademán a la mujer de las coronas doradas y me pregunté al pasar si de tanto apretar la mandíbula ella también habría perdido los dientes. La anciana lucía un collar de perlas y una estola de visón como recién salida de una foto vieja que había capturado un evento importante. También apareció el hombrecito, con la tez tan blanca que jamás hubiera imaginado fuera el mismo que había estallado de furia horas antes en la habitación. Sólo que ahora vestía un traje negro bañado en olor a naftalina y su mano izquierda sostenía un monóculo que grotescamente le agrandaba el ojo. Desde un rincón de la sala, un viejo fonógrafo, aún en funcionamiento, desprendía las notas de una ópera de Wagner. No atiné a preguntar cuál era el motivo de tal recepción, si es que habría algo para celebrar. Atravesé el corredor y detuve el paso en la serie de fotografías viejas. Se trataba, en su mayoría, de hombres uniformados con la mirada y el brazo derecho apuntando hacia el frente. Estandartes de sepia flameaban inmóviles entre los vidrios sujetos en los marcos de madera astillada y la fachada al fondo de un edificio en ruinas. No quise ver más.

Cuando llegué al cuarto, el radiador me recordó que nada había cambiado; sin embargo, la caja de herramientas había desaparecido y en su lugar, me topé de pronto con una garrafa de metal pintado que, si bien proveía el calor que tanto había anhelado desde mi llegada, también despedía un penetrante olor a gas entremezclado con un vaho a mazapán y almendras amar-

gas. Olí también la mugre de mi ropa sin cambiar y el sobaco seco de las axilas. Sobre la mesa de luz noté a la ligera un vaso de agua y un par de pastillas. Fue entonces cuando -completamente desnuda- me dirigí a la ducha.

...

Emergí del agua tan pura y limpia hasta que al fin sentí haberme librado del hedor a cadáver y podredumbre que había cargado sobre los hombros durante los últimos meses de 1944... Desperté empapada en sudor. Era evidente: me había quedado dormida en el sillón de mi despacho sobre una horda de misivas y de periódicos viejos. Automáticamente, me llevé una mano al cuello y comprobé con estupor que aún colgaba entre mis pechos la cruz de hierro grabada al dorso con mis propias iniciales: A.H.

Nicolás Cristilli

"Sigo el consejo de Chejov, en el que creo absolutamente: dejar de lado el contenido de lo que dice el personaje para atender a cómo lo dice; mirar del personaje cómo se mueve , cómo camina, cómo se calla, etcétera."

Hebe Uhart

El futuro es otra cosa

El futuro es otra cosa
no hay camiones voladores
no hay robots por todos lados
y hay muy pocos pensadores

Donde el aire ya no es aire
Y los ríos no son de agua
donde en los bosques nativos
solo hay vidas arrasadas

Es miseria y opulencia
es presente y es pasado
son montañas, campos, cielos
es el odio acumulado

El futuro es otra cosa
tiemblan suelos, arden mares
grita la naturaleza
hace sentir sus pesares

El futuro es otra cosa
a menudo se repite
en las plazas, las canciones
paredones y pupitres

Hay guatemalos y peores
caraduras profesionales

hay serviles con corbata
hay paraísos fiscales

Las mentiras son verdades
los culpables inocentes
los alumnos son maestros
los necios inteligentes

El futuro es otra cosa
tiemblan suelos y arden mares
grita la naturaleza
hace sentir sus pesares

Nostalgia y luna

Amanecer
perplejidad
en nostalgia y luna
descansas

Cuanta verdad
para olvidar
cuando se quiebra
La verdad

Como un deber
existencial
no calles nunca
lo que amas

El tiempo es hoy
La pluma es el
Tu risa un sueño
Que calma

Anochece
perpetuidad
sombra y distancias
que abrazan

Cuanta verdad
que recordar

cuanta mentira
olvidada

En tu mirar
zambas de ayer
en tus palabras
el alma

El tiempo es hoy
La pluma es el
Tu risa un sueño
Que calma

Si viniste hasta aquí

Si viniste hasta aquí
no te dejés olvidado
las canciones por las tardes
las mañanas, tu pasado

Si viniste hasta aquí
vas a hacer mi compañía
de consejos y reproches
de mil noches y mil días

Si viniste hasta aquí
después de un largo tiempo
lo que alguna vez dijiste
no se lo ha llevado el viento

Si viniste hasta aquí
que las ganas nos invadan
de perdernos y encontrarnos
de soñar, de no hacer nada

Si viniste hasta aquí
hay un cuarto que te espera
un jardín, sus dos hamacas, un sillón
la vida entera

Noida Gallagher

"A algunos les han quitado las ganas de hablar, / pasan
mudos por el amor, aman perros vagabundos / y
tienen una piel tan sensible / que nuestros pequeños
saludos cotidianos / pueden producirles heridas casi
de muerte. / Nosotros, seres amables e inofensivos, /
miramos los gatos enfermos, las mujeres con collares /
que pasan por la calle /y sentimos un desamor
agradable, / casi suficiente."

Juana Bignozzi

Está por llover...

Hoy. 26 de junio. En realidad es 27 de junio. Ahora. Café La Perla. Todas las mesas ocupadas. También los sillones. Sólo asientos altos. Una mesa larga para compartir. Al frente la ventana. La peatonal Huérfanos. Caen algunas gotas de lluvia. Gente que camina con sus paraguas cerrados. A su lado izquierdo la espalda de un hombre. Se disculpó. Pero siguió igual. Al otro lado la pared. Cuatro cuadros. Arman un cuadrado. Dibujos en tinta china. Uno dice Indonesia. Otro Nueva York. El tercero Buenos Aires. Y el cuarto Singapur. Queda escaso espacio para moverse. Mira al frente. Un puesto de flores. Canasto de flores. Margaritas color salmón. Al otro lado. Canasto con rosas blancas. Al frente liliium. Abajo de su servilleta la palabra Café La Perla. Pasa un hombre con un sombrero tipo cowboy. Unas chicas con gorros de lana. Lana de todos los colores. Un hombre con gorro de piel. Inclina las caderas. Su gesto es de dolor. Otro hombre con gorro de paño negro. Otro hombre con gorro de lana azul. Tejido a máquina. Otra mujer con el pelo cortado al estilo cleopatra. Hombre con gorro tipo red. Cuelga hacia atrás. ¿Habrá pelo adentro? Mujer con gorro verde. Rematado en un pompón. Hombre con gorro de paño beige. Paraguas cerrado en la mano. Pensando. Niña con boina. Mujer mayor con gorro de piel. Símil leopardo. Joven con auriculares. Gorro de polar. Niña con gorro de lana. Rayas fucsias y grises. Pompón. Tejido a crochet. Un hombre pasa y la mira. Se acerca.

Los separa el vidrio. Le sonríe. Golpea el vidrio. Con la mano Le señala que salga. Sale. Caminan hacia el sur. La lluvia los moja. Corren a un portal. Le toma la mano. La suya es cálida. La abraza. El hombre se estira. Un beso en el cuello. Un calor sube desde sus muslos. Hotel La Flor. Termina de vestirse. Hace frío. Camina al norte. Café La Perla. Frente al vidrio. Revuelve la espuma del café. La canela flota en bloques. Las luces de la calle se encienden. Una gota en el ojo izquierdo. Otra gota en el ojo derecho. Ambas descienden arrastrando lo que encuentran a su paso. Primero el color negro. Luego un beige con restos de colorete. Finalmente arrastran un rojo carmesí. Se depositan en la comisura de los labios. La lengua siente el sabor a sal. 22 horas. El mozo se acerca y dice: "se oooo... señorita vamos a cerrar". La puerta vaivén busca su equilibrio. Otra vez la calle. Camina al sur. Atrás. Espalda ancha. Caderas estrechas. Pollera al talle. Los tacos no le calzan bien. Se esfuerza por caminar erguida. El viento le descuelga su pequeña cartera. Ahora la mece de adelante a atrás. Y de atrás a adelante. Se pierde en la vuelta de la esquina. La calle se ha vuelto a llenar. Gorros de lana. Gorro de paño. Gorro altiopl nico. Gorros de piel. Cabezas sin gorros. Paraguas abiertos...

Gloria

El hombre había llegado puntualmente a las 10 de la mañana. La vivienda era de una pobreza que no había imaginado cuando habló por teléfono con el esposo.

Vestía un traje de color azul oscuro. Impecable. Del bolsillo superior del saco sobresalía un pañuelo de seda negra, que si no hubiera sido por el brillo de la tela, se habría perdido en el color del traje.

De su mano derecha colgaba un maletín de tamaño mediano y de cuero negro con cerrojos dorados.

Al lado de la casa había una verdulería. Dos empleados terminaban de acomodar unas cajas de manzanas. Lo miraron de reojo. El hombre se animó a preguntarles si la dirección que buscaba era esa. El más joven se apresuró a contestar y a la vez preguntar. "¿Busca a Gloria Monzón?" Respondió con un sí entrecortado. Le señaló el timbre ubicado al lado de la puerta. Parecía no funcionar por el óxido que lo rodeaba. Igual lo tocó. La puerta de entrada era de rejas en la parte superior, se mantenía cerrada gracias a una cadena con un candado de un tamaño desmedido para la función que se pretendía. Podía verse un largo pasillo. Volvió a insistir con el timbre. Del fondo salió un perro ladrando con poca fuerza. Era de tamaño mediano, pelo corto, y de color marrón con manchas blancas. Respiraba con dificultad, se podían ver sus costillas bajo la piel. Una pata delantera no apoyaba en el piso desequilibrando su andar. Se recostó en

la mitad del pasillo, miraba al visitante con ojos de súplica.

El hombre esperó unos minutos más, pensaba que tras el perro alguien vendría a abrirle. Nadie apareció. Volvió a tocar el timbre. Ahora el perro ladró con más fuerza, y en actitud de querer atacar al visitante. Avanzó hasta la puerta. Mientras en el fondo apareció un hombre de estatura mediana, piel oscura, rasgos toscos, y remera de color verde. Preguntó detrás de la puerta: "¿Usted viene a ver a Gloria?". El hombre respondió con un sí entrecortado. Retiró el candado y la cadena, le pidió que dejara libre la puerta por que el perro quería salir a la calle. Éste apresurado pasó entre sus piernas, le dejó rastros de algunos de sus pelos, que se apresuró a sacudir.

Avanzaron por el pasillo. Se podía ver los revoques caídos. En el piso, las cerámicas rotas y los agujeros de los desagotes del agua sin la tapa, por lo que tenía que cuidar de no meter el pie en uno de ellos.

Lo invitó a pasar a un pequeño patio con ropa tendida, a la derecha de éste había un ambiente, también pequeño. Y a la izquierda del ambiente se veía una abertura que llevaba al dormitorio donde estaba la mujer. En la penumbra pudo divisarla.

— Buenos días, señora -ella respondió con la voz pausada y en tono bajo. El esfuerzo le provocó un acceso de tos que no podía calmar. El esposo le arrimó un vaso con agua y una bombilla doblada para chupar. No podía enderezar el cuerpo. El hombre se sentó en la única silla que había. Apoyó su maletín en una mesa llena de papeles. En un extremo había una computadora y al otro

lado dos tazas con restos de café. Arrimada a la pared de la derecha se veía una cocina sobre una mesa que parecía haber sido un pupitre de un aula. La cocina tenía dos hornallas, en una había una olla con tizne y el fuego apagado; y en la otra hornalla una pava de aluminio arrugado y el fuego a medias.

Le pidió al esposo la copia del documento de su mujer. Éste con un gesto de sorpresa y malestar, le dijo que cuando lo llamaron por teléfono nadie le mencionó ese requisito. Pero aclaró que afortunadamente en el piso de arriba tenía una impresora que también servía para hacer fotocopias.

El ruido que hizo la cerradura al abrir el maletín alertó a la mujer, quien insistía en querer hablar.

Para evitar que se agitara, el hombre se acercó a la cama. La mujer permanecía acostada con su vientre de batracio que se desparramaba hasta los bordes de la cama de plaza y media. El camisón transparentaba unas manchas violáceas sobre la superficie aplastada. Le mostró al hombre sin ningún pudor la cicatriz que quedó en el lugar de la mama izquierda, y en el lado derecho una herida reciente que luchaba por cerrarse.

Al lado tenía un tubo de oxígeno. Dos cánulas se introducían en sus fosas nasales. A pesar de la oscuridad se apreciaba el tinte terroso de su piel y el vacío de su mirada. La mujer dijo que tenía frío. La ayudó a taparse el abdomen y el pecho

Casi pegada al extremo inferior de su cama salía una escalera caracol que iba a un entresuelo. El esposo bajó con las copias en la mano.

El hombre volvió a la silla y comenzó a llenar un formulario con algunas preguntas que le hizo al esposo.

— ¿Dónde trabajaba ella?

— En un colegio de monjas. La madre superiora me llamó ayer, quería saber si los trámites avanzaban.

— ¿Dónde nació ella? -vinimos de Perú, pero somos como argentinos-. Del patio apareció una mujer en bata de levantarse y chinelas. El esposo se apresuró a aclarar que era la hermana de su mujer, y que también había tenido el mismo problema.

— Ahora está bien -agregó. La supuesta hermana no dijo palabra, se limitó a escuchar.

Una mosca vino a posarse sobre el formulario que estaba terminando de completar. La corrió con la mano. A los segundos la tenía nuevamente posada sobre el papel. Lo agitó y la mosca seguía zumbando cerca. Bastaba que apoyara el papel y la tenía otras vez encima. Seguramente puso el papel sobre algún resto con azúcar. La pava había empezado a tirar humo por el pico, y la tapa saltaba simulando un baile caribeño. El esposo se apresuró a apagar el fuego. Le comentó que esa mañana había venido el médico. Le mostró las indicaciones: Morfina al 1%, una cucharada cada 4 horas.

Terminó con el formulario y la mosca continuaba dando vueltas, ahora se había posado sobre su pañuelo de seda. Le explicó al esposo que ellos trabajaban las 24 horas. Y que no se hiciera problemas si los tenía que llamar a la madrugada.

Gloria tenía otro acceso de tos. El hombre se acercó para despedirse. Ahora lo hizo por el otro lado de la cama.

La calvicie de la mujer brillaba con el reflejo de la luz que venia del ambiente contiguo.

El esposo lo acompañó hasta la puerta. Antes de despedirse el hombre le hizo la última pregunta, pero se le cortó en la garganta...

El perro regresaba de su paseo matinal, pasó entre las piernas del hombre, y corrió por el pasillo al fondo.

Hotel Paradise

Sus ojos habían quedado secos de tanto mirar el mar y sus oídos sólo sabían del ruido de las olas.

El rostro aparecía enmarcado en el ángulo que hacía la pared blanca de la escalera que subía y el mesón de madera de su recepción. Su estatura mediana se acomodaba perfectamente bien al pequeño espacio entre la escalera y el mostrador.

Tenía la piel oscurecida por los años de esclavitud que habían vivido sus antepasados, bajo el tañer de los tambores africanos, y el cabello lacio lo había heredado del continente americano, como también su bigote recto y raleado

Se mostraba diligente en su tarea. A todos los pasajeros les enseñaba un timbre blanco en medio de su escritorio, el cual debían tocar sino lo encontraban en la recepción, él siempre estaba alerta, pero a veces debía ausentarse para ir a cumplir otras tareas en el hotel. Apenas escuchara el timbre vendría enseguida por si lo requerían. Sabía hacer de todo, desde arreglar una cañería rota, una lámpara que no funcionara e incluso realizaba tareas de limpieza. Si bien todos los días venía una mujer a limpiar las habitaciones y llevarse la ropa para lavar, él se ocupaba de limpiar los pasillos y su recepción, cuidaba expresamente por las mañanas de sacar la arena que hubieran dejado los turistas cuando regresaban de la playa o de los paseos por las islas cercanas. También se ocupaba de las tareas contables del hotel, ya

sea movimientos de pasajeros, pagos a proveedores y abonar la mensualidad a la empleada. Aclaraba a los pasajeros que el hotel no tenía servicio de cocina, y como la mayoría tenía el desayuno incluido, él mismo se ocupaba por la mañana de llevarlos a un restaurante cercano, contratado para darles el desayuno.

Frente a su mostrador había un sillón, para que los pasajeros pudieran descansar y mirar el mar desde un espacio guarecido del viento exterior, quedando una pequeña distancia hasta la pared del frente del hotel, que estaba formada por una lámina de vidrio que separaba el interior del exterior, y en cuyo extremo derecho parecía que se le hubiera hecho un recorte para formar una puerta vaivén, que permanecía abierta durante el día, y pasado las 20 horas se cerraba, alineando la puerta con el resto de la pared de vidrio. Era el horario en que terminaba sus tareas en la recepción por lo que les pedía a los turistas que se ocuparan ellos de cerrarla, pasado las 20. Un dispenser con agua completaba el mobiliario de la recepción.

Esa mañana el mar se despertó inquieto y caminaba más allá de sus orillas. El hombre debió afirmar las hojas de la puerta vaivén con unos troncos, ya que el movimiento podía quebrarla. Inició su rutina como todos los días, primero limpió la recepción y luego los pasillos, siguió con las escaleras desde el tercer piso al primero. La mujer que limpiaba las habitaciones se había retrasado.

Los últimos pasajeros se retiraron la noche anterior. Hoy por la tarde tenía tres reservas. Pensó que sería un día tranquilo. Pasó la franela por su mostrador y roció deso-

dorante de ambiente, olor a brisas del mar. Ya ubicado en su ángulo habitual se dedicó a revisar los mails, sin prestar atención a que una nube negra había tapado el sol de su recepción. Leyó los mensajes de los pasajeros:

- Hotel bien ubicado, frente al mar, pero sus instalaciones son básicas.

- A veces no hay agua caliente

- El hombre de la recepción es poco amable

- Hotel alejado del pueblo

- Un lugar ideal para alejarse el mundo

Pensó en su soledad mientras el mar se alojaba en su hotel, y una imagen de su infancia se hizo presente: un niño soñaba que caminaba por un desierto buscando el mar.

Cuando el agua subía el tercer peldaño de la escalera decidió salir al exterior atravesando el muro de vidrio. Se alejó unos metros y giró la cabeza para guardar en su retina la última imagen del Hotel Paradise. No pudo llorar porque sus ojos estaban secos. Tampoco escuchó el ruido del viento porque sus oídos sólo sabían del ruido del mar.

Recuerdos

I

Mi abuela había vivido así: entre el resplandor de sus ollas y el polvo del camino, entre el blanco de sus sábanas y el cielo estrellado, entre el calor de su hogar y el frío de la mañana.

Construyó su mundo con pulcritud y amor.

Antes del amanecer y apenas cantaba el gallo se levantaba. Encendía los leños de la cocina y en una gran olla hervía agua. Volcaba la harina sobre la mesa de madera. Hacía un agujero en el medio, donde iba poniendo salmuera, grasa derretida y algún otro secreto suyo. Luego sus manos se extendían abrazando toda la montaña. Comenzaba a unir la mezcla con movimientos rítmicos y concéntricos. El polvo blanco quería escaparse por entre sus dedos, pero ella lo obligaba a volver a su lugar, terminando por resignarse al cambio de estado. Ahora era una masa, que se amoldaba a las manos de mi abuela, tomaba su calor y suavidad. Finalmente separaba trozos y los volvía a amasar para darles la forma más maravillosa que mis ojos hayan visto. Mi abuela era una gran artista en el atelier de su cocina. Las redondeadas formas de un blanco con olor a ternura, eran ordenadas en una bandeja de color negro, que las hacía lucir en todo su esplendor. Recibían las últimas pinceladas y la obra ya estaba terminada. Luego iban al horno para fijar su consistencia. Un paño también blanco, de hilos entre-

lazados, los recibía, envolviéndolos para guardar su calor por tiempo indeterminado.

Mientras, la leche hervía en una estilizada jarra de aluminio que me hacía recordar los cuellos de las jirafas.

Seis bocas de fuego se abrían en el gran mueble de la cocina. Cuatro casi siempre estaban ocupadas por ollas de distintos tamaños. Esa imagen, era digna del mejor cuadro que haya visto.

Los días de la semana se sucedían sin grandes contrastes. Mi abuela repetía todos los días su rutina cotidiana, sin generar ningún cambio.

Pero, los domingos era el gran día, algo diferente a la monotonía de la semana.

Desde temprano se preparaba la mesa del enorme comedor. El mantel blanco bordado por las manos de mi abuela se extendía sobre la larga mesa de madera. Yo me ocupaba de poner los vasos, servilletas, cubiertos, y lo más hermoso, las botellas con agua y vino. Esta ceremonia era para mí el momento en que me sentía más identificada con mi abuela, intentando repetir uno a uno sus rituales.

Acudían todos los hijos, nueras, nietos, y algún invitado que no formaba parte de la familia. Ese día se preparaba invariablemente un lechón asado con ensaladas multicolores y postres de suaves consistencias.

Mi abuelo hacía unos años que nos había dejado, yo casi no lo recuerdo, era muy pequeña cuando murió. Siempre comentaban que fue sorprendente como mi abuela se repuso de la pérdida de su compañero.

II

Ahora que el tiempo ha dejado sus huellas, miro a mi abuela deslizarse con dificultad por la casa, apoyada en un palo que tiene pretensiones de bastón.

Ya no escucha el canto del gallo, ni ve el amanecer. Su mente le informa mal de cuando es de día y cuando es de noche, y es habitual que la escuche por la noche deambulando por los pasillos. Sus ollas ya no relucen, el tizne las ha transformado en objetos oscuros y sin vida, los leños ya no se encienden en la cocina. Los domingos ya no viene nadie a visitarnos, pero nosotras cumplimos con nuestro ritual de extender el gran mantel y poner todos los cubiertos como era antes. Nos sentamos a la mesa en silencio con el ruido de las voces en la memoria. Una mujer desgredada nos acerca un plato de comida que ha preparado de mala gana. Casi no cruzamos palabras, como si no quisiéramos romper el hechizo de los domingos.

A veces veo deslizarse una lágrima por la mejilla de mi abuela, ¿de quién se acordará?, ¿de mi abuelo muerto? ó tal vez de su hija, mi madre, que se fue siendo tan joven, de la cual tampoco tengo casi recuerdos.

Sólo sé que el día que mi abuela muera, le cerraré los ojos, la vestiré con sus mejores galas y que venga el que quiera, ya no me importa. Llego a pensar que por el camino divisaré al padre que se fue, cuando aún era una niña.

Cerraré las ventanas y puertas, para que la luz quede afuera y la oscuridad inunde lo que fue nuestro hogar, el sosiego se hará sentir. Elegiré una noche estrellada

para alejarme por el sendero que un día vio pasar a mis seres queridos.

Victoria Vázquez

"No saben lo que se pierden. No saben cuánta libertad están perdiendo. Yo pienso, y lo he dicho varias veces, que es cada vez más difícil escribir literatura seria hoy."

César Aira

Cilicio

Estoy borracha. Lo sé porque suena Bunbury fuerte en el monoambiente y jamás molesto con la música, soy una vecina muy considerada. Además, me consta porque escribo como si cometiera un “pecaquito”, y es lógico, en este estado solo puedo arruinar el texto. Es miércoles y me clavé más de media botella de tinto recién iniciada, bebida que en condiciones normales duraría hasta el fin de semana mínimo.

21:02. Me espera una noche larga.

Durante la escritura me interrumpe un mensaje: es la tía Lili. En un audio cuenta que “se dibujó” la imagen de lo que sería un señor en los restos de cera derretida de una vela. En un segundo audio ampliatorio, me explica que la imagen del señor de cera no puede ser más que la señal de que pronto cambiará de empleo. Dejo de escribir y la escucho atenta ya que me parece patológica su obsesión en ver señales de los astros en todo, y más irrisorio que crea que encendiendo una vela conseguirá por fin solucionar sus problemas laborales, pero no le puedo decir eso, así que, respondo el mensaje y a las cuatro fotos de la bendita vela con un: “¡Qué fuerte! ¿Posta? Sólo a vos te pasan esas cosas”.

Ella no sabe que estoy ebria, por lo que insiste en que aumente el tamaño de la imagen para que pueda contemplar mejor la proyección del aparecido. Trato de

explicarle que ya lo vi, que no hace falta que me envíe más fotos. Corriendo el audio número seis, atribuye mi voz de gata de arrabal a las alergias de primavera, dejo que lo crea, dado que tampoco voy a explicarle que mi tono raro responde al exceso de malbec en sangre.

Cuando estoy por contestarle llega otro audio, ahora de mi abuela. Pregunta si cené bien, y si el fulano con el que me encontré el lunes me llamó. Me digo a mi misma: ¿Para qué le contaste del sujeto? La respuesta es simple: para que no insista con que vuelva con mi ex. Al margen de eso, tengo claro que no pienso explicarle a mi señora abuela que no está en mis planes de esta semana volver a hablar con nadie, menos le diré que ese lunes, mientras fingía oír con atención las historias trilladas del espécimen de turno, en realidad no dejaba de pensar en mi profesor de taller de escritura (al que aún no me comí, pero en cuanto se descuide, le caigo con todo). Por supuesto que, lo que finalmente hice fue responder el audio a mi amada octogenaria con un: “Lela, cené riquísimo, y si... mi galán me llamó durante la tarde y seguramente nos saludemos antes de dormir”.

21:27. Nuevo audio, ahora de mi ex. EL Cacas me dice que su jefa no sé qué, que su novia no sé qué cosa, y me pide opinión de no sé qué oficio judicial y yo, por supuesto, disimulando lo mejor posible que siento que los muebles se mueven, le contesto con un: “Ahora justo estoy escribiendo y tengo una idea buenísima, pero te prometo que mañana a la tarde veo lo que me pedís”. De lo de la novia no le digo nada, porque sé que es en

vano (conociendo desde hace años su síndrome de «Don Juan de Marco», ni pierdo tiempo en consejos).

Retomo la escritura, la idea es deliciosa, lástima que mi estabilidad emocional está siempre en menos diez, porque esta misma historia en manos de un buen escritor sería una maravilla.

Otro audio de mi tía Lili. Lo dejo correr, sin oírlo escribo respuesta: “¡Diantres querida, Guau!”

Bunbury canta cada vez más fuerte, me habla sensual cerca del oído, le pido que se quede quieto, que no me moleste, que estoy ocupada. Me hace caso, pero desde la cama veo que Cyrano Hércules Sabino de Bergerac o más bien, “Cyrano penacho” como lo llamamos los íntimos, y quien quedó desde anoche enredado entre mis sabanas, se levanta para tomar la posta y distraerme. Me resisto, le digo que no, que estoy ocupada. Basta. “¿podes creer?”, le comento a Hamlet (el trastornado príncipe me acompaña a la derecha del teclado, me contempla con sus ojos hermosos, siempre en silencio). Pienso y afirmo: ¡Mis novios son tan intensos!

Reviso si llegó otro audio, pero me espanto al ver que el último enviado es mío: Le hablé a Gustavo. Siempre que tomo lo hago. Elimino el mensaje sin oírlo, no me interesa que pude decirle a ese gil. Me imagino la cara que pondrá cuando vea, una vez más, mis mensajes eliminados. Desde el día que me dijo que si yo fuera una ciudad de la edad media sería una con los muros muy bajos pasó a mi lista de sujetos a los que mejor no hablarles ni verlos sobria. Pero, después de la segunda copita... no sé por qué se me hace tan irresistible ese nivel de imbecilidad.

Volviendo al tema de los muros, no me jodió que me dijera “mujer de muros bajos”, lo que lastimó mi ego fue la explicación posterior: “es que sos linda, inteligente, que se yo... pensé que debería remarla más para levantarte”... (Si por contestarle los mensajes rápido me calificó así, qué diría si le enviara una foto en tanga, ¿no?). En fin...

Vencida por las distracciones, finalmente abandono la escritura y tomo el celular.

22:08. Audio a mi abuela: «-Lela, terrible chabón se ve en la vela, ¡es una señal del universo! Hacete otro curso de registros akashicos así ya confirmamos si el forúnculo que te salió en la nalga no era una señal de que hay vida en otros planetas. ¿Dale? -»

22:10. Audio a la tía Lili: «- Necesito que entiendas que no voy a volver con Quiroga, ¿te cuesta tanto aceptarlo? Me hace mal que me preguntes cada vez que hablamos si sigo sola. Maduré y no me pongo de novia con cada salame que me gusta-»

22:12. Audio a mi ex: «-Forro, ¿así que una ciudad de la edad media? CORNUDO...»

22:13. Audio a Gustavo: «-Re contra forro, ¿así que una ciudad de la edad media? CORNUDO»

22:20. Audio a mi psicóloga: «-Creo que es al pedo seguir con el Escitalopram. No me hace nada.»

22:22. Audio a mi psiquiatra: «-Oídme Judith, mi bella y despiadada Judith, el Escitalopram cambió mi vida, ¡no imagináis que cosas lindas pude escribir esta semana! Gracias, princesa de mis desvelos, tu medicación será para mí como un estandarte, y juro por la memoria de mi padre, que lo será para siempre.»

A esta altura de la noche, Bunbury me molesta, pero no puedo apagarlo, no quiero sentirme sola. Sé que mañana no querré recordar los detalles de esta intensa velada, así que, en silencio penitente, saco el cilicio del armario, para llevarlo a la cama que Cyrano dejó vacía (y que Hamlet se niega a ocupar), para torturarme hasta quedarme dormida.

Me acecha un nuevo día, uno de esos en los que encuentro el celular con muchos mensajes raros de la gente que quiero, que me quiere, y que, a esta altura, sabe que lo mejor conmigo, es no esperar mayores explicaciones.

Loción

Estoy en la guardia de nuevo. En general, cuando tengo un mal día de trabajo lo termino en la sala de espera de algún centro médico. Sé que los síntomas que presento seguramente se expliquen usando la lógica, sin embargo, necesito que el médico de turno me diga que no voy a morir hoy.

Si bien hay meses en los que no aparezco, por las dudas tomo el recaudo de alternar diferentes instituciones para que no surjan de sus registros mis recientes ingresos. En general presento las mismas manifestaciones físicas: molestias en la zona del abdomen o bultos raros en el pecho, axilas o detrás de la oreja.

Hoy me equivoqué durante una reunión, mencioné un archivo que no correspondía al tema en análisis y a partir de ese momento un bulto doloroso comenzó a crecer en mi axila derecha. En cuanto terminó la jornada, me vestí con la ropa que siempre tengo preparada para estas ocasiones (porque al médico debe irse con la ropa apropiada, no vaya a ser cosa que a uno lo internen llevando el traje de la oficina), así que libro en mano para leer en la sala de espera, partí en busca de ayuda profesional.

Mientras aguardo mi turno, pienso que estoy ocupando injustificadamente el lugar de alguien realmente dolorido, pero en seguida la culpa desaparece dado que en realidad yo también estoy sufriendo; es otro dolor quizás, no físico, pero que requiere la atención del especia-

lista que no es otra cosa que un proveedor de tranquilidad.

Mientras espero a ser atendido, todos los problemas del día perecen ante la nueva urgencia que es resolver estos síntomas que me tienen en vilo. Si bien es mínima, siempre hay una posibilidad de que esta vez mi preocupación se corresponda con un diagnóstico.

Escucho con cierta envidia a un médico que le habla a una familia: mientras les explica el parte de su paciente, les dice que por ahora están haciendo estudios y que deberán esperar los resultados. A mí nunca me hacen estudios, cuanto mucho me recetan una loción dermatológica.

Es mi turno.

Vicisitudes societarias

Con el adoquín en la mano, lo miré durante un segundo para calcular el ángulo del golpe y sin darle tiempo a moverse, le rompí la cabeza. El impacto de su cuerpo al caer estremeció el piso. La sangre comenzó a brotar desde la nariz. Estaba muerto.

“Son riesgos que se corren en este negocio”, pensé mientras arrastraba el cuerpo de Trastorno (así lo conocíamos) fuera del living. Tenía todo previsto. Había planificado cada paso de lo que sería el final de nuestra sociedad. Robar no es para cualquiera. Los pibes como el terminan siempre así.

Era guita, sin embargo. Dividirla en tres disminuía la ganancia. Tenía claro que por Trastorno nadie reclamaría, en cambio con Enrique la cosa cambiaba, él había sido nuestro contacto para entrar al banco y más allá de eso, estaba el tema del afecto, hemos sido amigos desde pequeños.

No era nuestro primer trabajo, ya nos conocíamos. Según lo acordado, llegaríamos a mi casa nosotros primero mientras Enrique descartaría el auto (utilizado para escapar). Trastorno y yo separaríamos los fajos en tres partes. Eso me daba, según mis conjeturas, más o menos cuarenta y cinco minutos, lo suficiente para ocuparme del asunto del tercer socio.

Dejé el cuerpo en el piso, no requirió esfuerzo llevarlo hasta la parte de atrás del terreno, de modo que, corrí los cachivaches que había dejado para disimular el pozo

y con el fin de asegurarme que cabía entero, revisé una vez más su profundidad. Cumplido ese tramo, solo restó patear desde donde estaba, el bulto de lo que alguna vez fue Trastorno, y simplemente dejarlo caer.

El paso siguiente era limpiar el living y procurar que Enrique no sospechara nada de lo ocurrido. Tenía preparada una verdad a medias ya que le diría que nuestro colega se esfumó con parte del dinero (aunque efectivamente nuestro socio había partido, pero de otra manera).

Más tarde, con un cepillo y detergente fregué el piso para despegar las manchas de sangre. Mezclé con el resto de la ropa sucia la campera del difunto y una vez finalizada mi labor, me senté a esperar.

Todavía me sobraban diez minutos cuando escuché estacionar el auto de Enrique. En un repaso final sobre el cuarto, de refilón encontré el adoquín ensangrentado aún en el piso. Me paralicé. No fui capaz siquiera de evaluar a cuantos pasos estaba de él, lo miré y me quedé quieto. No solo estaba ahí como prueba de mi asesinato, sino que esa misma piedra en manos de Enrique representaría mi fin.

Se abrió la puerta. De un salto caí junto al arma una vez más. Con el adoquín en la mano, lo miré durante un segundo para calcular el ángulo del golpe y sin darle tiempo a moverse, le rompí la cabeza. El impacto de su cuerpo al caer estremeció el piso. La sangre comenzó a brotar desde la nariz. Estaba muerto.

SOBRE EL GERMEN DE LA RESISTENCIA.

Documento histórico donado por la Policía Bonaerense al INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIÓN PARA LA FORMACIÓN DE INSPECTORES DE AVES, CONEJOS Y HUEVOS.

En Villa Caraza, partido de Lanús, provincia de Buenos Aires, a los 17 días del mes de Mayo del año 1956, a las veintiún horas con veinticinco minutos, quien suscribe, Oficial de Policía Eugenio Justo Mendoza, secundado en la oportunidad por el Oficial Edgardo Carrasco, ambos numerarios de la Comisaria Primera de Lanús y en circunstancias en que nos encontramos realizando tareas de patrullaje y observación a pie por la avenida principal; somos alertados por transeúntes del lugar, respecto del avistamiento de un ave no identificada, que según la descripción, se trataría de un animal volador parlante (posiblemente un loro) que según los dicentes, se encontraría graznando a viva voz y con correcta entonación las estrofas de la marcha prohibida.

Ante el pedido de auxilio de los vecinos, nos dirigimos hacia el sitio en cuestión, a los fines de constatar la veracidad de la denuncia y actuar en consecuencia. Respecto de la zona, nos encontramos en un sitio urbano, con numerosas viviendas bajas, habitadas por civiles que, por su forma de andar altiva y actitud desafiante, bien podrían ser cómplices del prófugo. En virtud de los años de servicio en la fuerza y la experiencia adquirida, puedo afirmar sin temor a equivocarme que, si nos adentráramos en cualquiera de sus viviendas, descubriríamos un cuadro del dictador maldito en su comedor, pero al no contar aún con la autorización respectiva para proceder, nos abstenemos de hacerlo, sin perjuicio de dejar asentada tal observación en la presente a sus efectos, para un eventual allanamiento.

Una vez alejados de la zona nos dirigimos al comercio de uno de los testigos referenciados. Entrevistamos a un masculino quien se identifica como Arturo Ferreira, argentino, casado, de treinta y cuatro años de edad, empleado. Nos refiere que presenció el momento en el cual el emplumado NN, con una mirada combativa que anidaba el germen de la resistencia, inflando sus pulmones lanzó la fétida estrofa: "P., P., gran conductor, sos el primer trabajador". Manifiesta que, ignorando sus advertencias, el plumífero continuó con su alarido endemoniado por varios segundos. Ante la pregunta de si podría identificarlo en una rueda de reconocimiento responde que sí.

Con los datos aportados por el ciudadano y en miras de resguardar el orden y la tranquilidad de la comunidad, iniciamos una búsqueda en las inmediaciones con el

propósito de localizar al sospechoso, silenciarlo, y ponerlo a disposición de la justicia penal.

Se procede a dar alerta a la red de comunicación policial, aportándose la información recolectada para que otros colegas se sumen a la búsqueda del fugitivo. Luego de aproximadamente cinco minutos de recorridas en las inmediaciones, logramos visualizar en una esquina a un loro con similares características a las descriptas por el comerciante.

Nos colocamos en posicionamiento estratégico, dando aviso a la red policial y solicitando apoyo humano en razón de la alta peligrosidad que se plantea en el procedimiento, por tratarse de un sospechoso adherido a la cuadrilla del tirano refugiado en el extranjero.

Se cubren ambas esquinas con los refuerzos mencionados, apartando al público del lugar para preservarlos ante un probable enfrentamiento armado, en tanto nosotros nos acercamos con extrema precaución al animal para identificarlo y requisarlo. Al percatarse de nuestra presencia se lo observa nervioso y haciendo ademanes sin lógica nos sobrevuela despidiendo heces sobre el uniforme del oficial Carrasco, lo que nos confirma que la bestia está eficientemente entrenada por las bases.

A nuestro grito de alto, responde:

"Sí, sí señores soy p..ista

Sí, si señores de corazón

Pongo el caño, enciendo la mecha,

Salgo corriendo y escucho la explosión"

Luego de un forcejeo, se procede a la aprehensión del bellaco, por el delito prima facie de violación del Decre-

to Ley 4161 que establece la prohibición de: “la utilización, con fines de afirmación ideológica p...ista (...) de imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, ... que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del p...ismo”, y conforme a derecho, se procede a dar lectura en presencia de testigos, de los derechos y garantías constitucionales.

Se efectiviza el traslado del detenido al asiento de la Comisaría Primera de La Plata y procedemos a labrar el presente acta de procedimiento, que una vez finalizada, es leída, ratificada y firmada al pie por todos los intervinientes, dejándose constancia que el sospechoso se niega a rubricarla.

Motivaciones de un Tertuliente Freak

El aburrimiento es una forma de angustia. El fastidio parece inmotivado, pero en el fondo somos plenamente conscientes de su origen. Si dejamos de lado los pensamientos principales, encontraremos que aquel que molesta es el que se esconde detrás de los otros, el que descartamos, pero nos resuena como un pitido agudo: ese es el responsable del malestar.

Para muchos un tallo no es más que el órgano de las plantas que se prolonga en sentido contrario al de la raíz y sirve de sustentáculo a las hojas, flores y frutos, pero si lo piensan también es simplemente el germen que ha brotado de una semilla, por eso, entiendo que las palabras deben interpretarse conforme al contexto, ¿no es cierto?

Que son las palabras, sino interpretaciones que hacemos de un conjunto de letras ordenadas de una forma u otra. Les propongo liberarse de la esclavitud que representa ajustarse fielmente al sentido de los términos, y dar lugar a diferentes posibilidades, juguemos con ellos. ¡Despojemos a nuestra vida de la tirana literalidad!

Sentado lo anterior, corresponde que me dirija a ustedes, estimados compañeros de tertulias para disculparme por mi conducta inapropiada de la pasada noche. Sé que estar hastiado en una reunión no justifica que les haya revoleado la torta de cumpleaños y, mucho menos,

mi falta de ánimo configura un eximente de responsabilidad por haberme referido a los presentes en aquel encuentro como “adefesios con cara de imbéciles”, y ni hablar de la recomendación que les hice respecto de que se introdujeran un cactus por el ano.

A través de estas líneas, les digo simplemente: lo siento.

Índice

Cecilia Gómez / Página 13

Diego Misu / Página 25

Elsa Labos / Página 31

Hernán Alejo / Página 41

Laura Sujoluzky / Página 47

Nicolás Cristilli / Página 55

Noida Gallagher / Página 61

Victoria Vázquez / Página 75

Algunos de los textos aquí reunidos fueron producidos en el marco de las clases individuales del Club de Lectura y Escritura realizado durante el año 2020. Si tenés intenciones de comunicarte con lxs escritorxs, si querés hacer uso de alguno de los textos por el motivo que fuere, te proponemos que le escribas a Federico L. Baggini (fedebaggini@hotmail.com), coordinador de los espacios, quién podrá ponerte en contacto con quien desees.

Este libro fue elaborado e impreso de forma cooperativa, colectiva, comunitaria y autogestiva.

Creemos en el contenido intelectual, no en la marca comercial.

Este libro
se terminó de imprimir
en la provincia de Buenos Aires,
durante 2020.